

Un palacio en llamas

Con la antropóloga e investigadora Michèle Petit

Jorge Eslava

El I Congreso Iberoamericano de Lengua y Literatura Infantil y Juvenil (Cilelij), que organizó la Fundación SM, se inició en Santiago de Chile, hace tres años, pero no pudo culminar: el cataclismo que sufrió la nación chilena en febrero del 2010 frustró un programa magnífico de actividades vinculadas a la creación y reflexión de un género artístico cada vez más apreciado por artistas e investigadores de diversas disciplinas. Este año, el II Cilelij se celebró en marzo, en la ciudad de Bogotá, y tuvo a la antropóloga francesa Michèle Petit como una de sus figuras estelares. Tan pronto llegué a la Biblioteca Luis Ángel Arango, recinto del evento, me propuse hacerle una entrevista sobre lecturas y libros, temas carísimos a ella en los últimos años.* Por cierto que fijar la entrevista no fue sencillo; pese

* Las recientes publicaciones traducidas al castellano de su obra dan una prueba cabal de su interés: *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura* (Fondo de Cultura Económica, 1999), *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público* (Fondo de Cultura Económica, 2001), *Una infancia en el país de los*

a la cordialidad que mostraba, su presencia inquieta y rutilante la hacía ver como un pececillo de plata entre tanta concurrencia.

Michèle Petit posee una formación pluridisciplinar. Además de socióloga y antropóloga, ha profundizado en el psicoanálisis y ha sido, hasta hace poco, investigadora del Centro Nacional de Investigación Científica de Francia. Ha coordinado investigaciones sobre la lectura en medios rurales y el papel de las bibliotecas públicas en los procesos de exclusión social. También ha ahondado en el análisis de la lectura en la construcción o la reconstrucción del yo, particularmente en espacios en crisis. Su participación en seminarios y congresos es frecuente, aunque me diría, durante la conversación, que a partir de este año reducirá sustancialmente sus viajes. Ha venido a hablar sobre el mundo íntimo de la familia, como un espacio propicio para el juego y la ensoñación. Fue una disertación sabia y conmovedora.

Luego de varias tentativas, al fin la tuve a mi lado y volamos en busca de un lugar sosegado. En medio de la correría me atreví a decirle: «Además de ser una gran intelectual eres una gran atleta». Sonrió y me respondió con un castellano perfecto: «Sí, a menudo trato de escapar». Nos sentamos en una banca alejada del evento y de las salas de lectura. Me clavó la mirada —muy parecida a la de la actriz norteamericana Susan Sarandon— a la espera de un interrogatorio y noté enseguida que era una mujer crispada y fascinante. Mis primeras preguntas la pusieron al borde de un ataque de nervios y me dijo dos o tres veces, esforzándose por no estallar: «Estoy despistada: tus preguntas son muy abstractas o implican la respuesta. Lamento no ser la persona que esperabas». Lo decía cortésmente, sin simulaciones y deseando marcharse. Tenía toda la razón, me recordó un verso de Anne Carson: «... los nervios brotaban de ella como un palacio en llamas». Nunca me sentí tan disminuido en una entrevista y tuve que ensayar algunas inflexiones en el diálogo, cuyo resultado juzgará el lector.

libros (Océano Travesía, 2008) y *El arte de la lectura en tiempos de crisis* (Océano Travesía, 2009).

Antropología y literatura

¿Desde la antropología, usted diría que la principal función de la literatura es contar historias?

Diría que va más allá. Sí, somos seres de relatos pero somos seres que necesitamos a la cultura como a un habitáculo. Pascal Quignard dice: «Todos los vivíparos tienen su guarida» y además todos los seres humanos necesitan el amparo de una cultura. Y la literatura la veo como parte de ese abrigo, es como una segunda piel que se interpone entre nosotros y el mundo real para poder existir y crear.

La literatura sería un amparo curioso porque permite cierta elevación espiritual.

Es complementario. Cuando la gente te cuenta sus recuerdos de lectura te expresa un descubrimiento: la existencia de otro mundo que le dio la posibilidad de encontrarse en un pequeño lugar, en un lugar personal como su casita. Muchas veces relacionan el descubrimiento de lo ajeno con la sensación de tener algo muy propio...

¿Y eso les produce asombro?

No, precisamente cuando se descubre es porque hubo asombro. Mis trabajos van en ese sentido, en la dirección de divisar la experiencia personal de los lectores y descubrir las conexiones entre lo personal y lo ajeno. A menudo la gente tiene dificultades para expresarlo con palabras, pero lo que expresan difícilmente está alejado del mundo. Claro que hay un tipo de literatura que puede producir ese efecto de aislarte del mundo, pero no es lo más evidente.

Pensemos en su ensayo testimonial *Una infancia en el país de los libros*, donde repasa la biblioteca familiar y la niñez que tuvo. ¿Es un trabajo que le ha permitido recuperar una dimensión lejana de su vida?

En cierta manera fue recuperar una esfera íntima, diferente de lo que había podido hacer antes y cada cierto tiempo con el psicoanálisis. Por eso me interesé, porque era otro acercamiento. La verdad es que en relación con ese objeto que es el libro —podíamos haberlo pensado con la música o la pintura—, uno puede hacer la historia literaria de su vida y recuperar, gracias a esos recuerdos con bienes culturales, ciertas cosas que habíamos completamente olvidado.

¿Había olvidado cosas significativas?

Seguramente, es que son recuerdos que tienen casi un impulso físico, como en Proust. Uno se acerca a sus recuerdos con sensaciones corporales o concretas, de un modo muy distinto al que encuentras en el psicoanálisis, por ejemplo.

¿No cree que la experiencia literaria tenga postulados parecidos al psicoanálisis?

No lo creo. Es verdad que permite distinguir la realidad de una manera más aguda, más detallada; pero no siempre ni para todos. A mí me ayudó a abrir los ojos y el oído, me permitió tener una representación más fina de la realidad.

¿Qué educa más para usted, la percepción literaria o la reflexión filosófica?

Como sabes, nunca me he ocupado de la educación ni de la lectura en la escuela. Es una pregunta como para la tarea de filosofía de la universidad.

Sí ha tratado, sin embargo, de la contribución de la lectura en la escuela. Ha dicho que el gusto de la lectura facilita mejores resultados en el rendimiento académico...

Es una interrogante para mí. Al parecer los resultados de las pruebas PISA han confirmado que la lectura es una inversión para el éxito escolar. Lo que creo es que la lectura rompe con ciertos determinismos sociales que, sin duda, se establecen desde la escuela. Incluso desde antes.

Constantino Carvallo, un gran pedagogo peruano, decía que no era difícil adivinar el futuro de un chico que limpiaba lunas en las calles de Lima.

El devenir social y profesional de una persona puede, de alguna manera, modificarse con la lectura. Stéphane Beaud, sociólogo francés que ha trabajado mucho con la clase obrera, sostiene que la lectura propicia las relaciones con el estudio y la política. Puede transformar a una persona en un ciudadano más crítico y activo del espacio público.

Perdona que insista con el colegio. En nuestro país, maestras y maestros machacan que la lectura mejora el vocabulario, corrige la ortografía, amplía la cultura general. ¿Son esos los principales beneficios de la lectura para un estudiante?

Claro que hay en la lectura una utilidad escolar. A mí me interesa más acentuar el poder que tiene para dar sentido a nuestra propia vida. Es como una voz interior que busca otras verdades, otros vínculos con la historia. Creo que esa dimensión pone a la lectura más allá del entretenimiento y de la rentabilidad escolar.

En su conferencia de ayer usted habló del aburrimiento y entendí que en el proceso de aprendizaje el aburrimiento es un pasaje necesario. Recordé una frase que gustaba repetir François Truffaut: «El gusto es el resultado de mil disgustos».

No quisiera contestar a través de mis estudios o de los libros que he leído, puedo contestar a través de mi experiencia propia: a mí me tocó aburrirme terriblemente y no aprender nada. Y en otros casos, la de tener la suerte de estar muy despabilada ante un profesor y aprender con un gusto y una sed inmensas. Aunque yo sé muy bien que no todos los profesores tienen carisma o el poder persuasivo de la enseñanza.

¿Qué le ha aportado la antropología para crear literatura de ficción?

Cierta antropología francesa, no solamente, pero estudiosos como Georges Balandier y Michel Leiris, quienes tenían una proximidad

fuerte con el psicoanálisis y la literatura, me han dado la autorización de escribir de la manera más libre, lejos de la lengua de madera que usaban mis colegas. Me han liberado de la autointimidación y de la intimidación mutua en la que están muchos colegas y en la que yo estaba también. Lo esencial fue el trabajo sobre mí misma y lo que ya había conseguido con el psicoanálisis. Ahora escribo como quiero, no como se supone que debo escribir.

Y en el cine, por ejemplo, ¿no ha encontrado otros recursos para ingresar de manera más libre a la literatura?

No, el cine no ha tenido tanta fuerza en mí. Ha sido el vínculo con esa antropología en particular que me legitimó para encontrar mi propio lenguaje, mi propio estilo. Incluso mi relación con la literatura fue profundamente modificada a partir de un encuentro que tuve, cuando era estudiante, con un profesor de griego moderno. Fue él quien me abrió muchas puertas. Yo tenía un gusto por el cine y la pintura, pero él fue revelador para la literatura y después, claro, se han establecido pasajes de un campo a otro.

El último de sus libros que conozco, *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, es un trabajo enfocado en sectores rurales y urbanos periféricos que le ofrecen sorpresas...

Llevo más de dos décadas dedicada a estudiar las prácticas de lectura y la relación con la cultura escrita, de manera especial en zonas donde el libro es casi inaccesible. Trabajar en zonas desfavorecidas social y económicamente, es verdad, me reveló la urgencia de la literatura. Es una necesidad de la gente de construirse o reconstruirse ante la adversidad.

¿Sobre todo la lectura de las narraciones?

Especialmente, pero también de la poesía. Recuerda que en los campos de concentración muchas personas soportaron lo inaguantable con las evocaciones de sus lecturas poéticas.

¿En tiempos difíciles qué efectos produce la lectura e incluso el recuerdo de la lectura?

Abre un espacio y un tiempo donde reconocemos una lengua y encontramos otra respiración. Eso permite un pensamiento nuevo, una ensoñación, una forma de asociar las experiencias vividas. Es como conquistar la calma en el caos interno.

¿Y en qué trabaja actualmente?

Me jubilé hace un par de años. De todas maneras el centro de investigaciones científicas me iba a echar por causa de la edad, entonces me fui algunos meses antes y sigo trabajando, pero no en investigación. Estoy trabajando un libro relacionado con la familia, que para mí es un espacio poético...

Infancia y libros

¿Cuáles han sido los libros más trascendentes en su infancia para decidirse a llevar una vida intelectual?

Más que los libros fue lo que me transmitieron mis padres. Ellos eran personas muy neuróticas, con mucho sufrimiento síquico y grandes dificultades para integrarse socialmente, pero ambos eran muy inteligentes y muy curiosos de muchas cosas. Y entonces me transmitieron una historia familiar difícil, con numerosos problemas y de bastante reflexión sobre mí misma. También me transmitieron la experiencia, el ejemplo de que el trabajo intelectual puede ayudar muchísimo para ir más allá de las dificultades, de las heridas y de todas las crisis.

¿Usted ha crecido en una casa que tenía una gran biblioteca?

No solo en una casa con muchos libros, sino que los libros hacían parte de la vida cotidiana. Siempre he visto a mi padre regresando de noche con libros, con libros y periódicos en los bolsillos del saco. El librero era su gran amigo y siempre compraba dos periódicos.

¿Libros y periódicos eran parte de su paisaje doméstico?

Yo era hija única, me sentía bastante sola pero ahí tenía los libros al alcance de mi mano.

¿Y su madre y su padre le leían historias, le cantaban rondas?

Nunca me leyeron nada ni me contaron historias. Menos me iban a cantar. Cada uno en su mundo y hablaban a veces conmigo, eran algo cariñosos. Pero yo me daba cuenta de que hacían algo que era fascinante para ellos, era como un secreto para mí; tanto les fascinaba que ellos escapaban lejos de mí.

Yo tuve una madre que me contaba cuentos y me cantaba... ¿puede nacer aquí el gusto por la lectura?

Es posible. Esos son los intercambios precoces que la madre o algún pariente, por lo general una persona mayor, mantiene con el niño. Ahí se mezclan el juego del lenguaje, el registro fónico y afectivo de la palabra, el vínculo sensible del cuerpo. Los grandes especialistas de la primera infancia subrayan su importancia en el despertar de la capacidad intelectual y emocional de las personas.

Antes que llegara ese bendito maestro de griego, ¿llegó algún libro que fuera una epifanía para usted?

Todos los libros a los que me acerqué fueron de manera autodidacta, porque había esos libros en la casa y yo buscaba y tomaba lo que me interesaba. Nunca me los prohibieron. Tampoco sé si mis padres se daban cuenta de que yo iba curioseando, tomaba indistintamente algunos libros para niños —en aquella época no había muchos— y todo tipo de libros. Libros de pintura, poesía, diccionarios...

Supongo que fue su vida familiar la que influyó para que estudiara humanidades, ¿pero por qué antropología y no literatura?

Fue mi vida familiar, pero sobre todo la relación con mi madre; ella estaba muy impresionada con algunas lecturas, como los *Tristes trópicos* de Levi Strauss, sobre las que comentaba en casa. Tal vez eso me hizo interesarme en las ciencias sociales; por entonces no pensé jamás en dedicarme a escribir sobre literatura y menos a escribir ficción. Aunque escribía poemas como todos los adolescentes.

¿De amor?

Sobre todo de amor. Si acaso hubiera deseado estudiar un arte hubiera querido ser actriz de teatro, pero no me autoricé a eso. Claro, entonces no era fácil concebir el hacer teatro, así que como había visto a mis padres muy relacionados con Levi Strauss y todos esos textos donde se hablaba de etnología, y además había un gran ambiente social, fue entonces algo natural que me inclinara por la antropología.

¿Cree que el acto de la lectura se adquiere eficazmente en el hogar?

Sin duda lo transmite el medio social. Antes que la biblioteca está el hogar; antes que el profesor, la madre o el padre. Pero creo que no basta con la presencia de los libros en casa ni con el hábito lector de los padres. Lo esencial es que tanto el objeto como la práctica deben vivir con la familia.

¿Se refiere a mantener un vínculo cotidiano y afectivo con la lectura?

Así es, emotivo y no solamente cognitivo. También hay miles de actividades domésticas que los hijos ven hacer a los padres y no quieren imitar. Yo creo que en el centro de toda lectura hay algo misterioso por descubrir y esa es la relación que pueden sentir los hijos con los libros. A mí me ocurrió observando a mis padres y su relación intensa con los libros, que hacía de los libros objetos deseables.

Me encantó cuando en su conferencia de ayer trató esa relación como una poética de lo cotidiano.

En eso estoy, mientras doy conferencias o un curso virtual.

¿Y no ha vuelto a escribir poesía?

Lo hice hasta los treinta años, más o menos. Fue muy curioso lo que me sucedió con la poesía: de joven tenía con ella una relación muy fuerte —como muchos jóvenes de mi generación— y en

particular con la poesía griega contemporánea. Cuando leía poesía me impactaba, lloraba incluso. Escribía poco porque no era muy buena. Y todo eso pasó. Ahora cuando leo poesía ya no tiene aquel efecto, pero lo recuerdo y lamento.

¿Se refiere a poetas como Giorgio Seferis y Constantino Cavafis?

Y Elitys... Ritsos. Fue un tiempo en los que viví en pura poesía y ese estado me cambiaba la mirada.

¿Gustaba de algún poeta en especial?

Eso dependía de los años. Estuve un tiempo enamorada de Seferis y otro de Cavafis. Una anécdota es que con ese profesor de griego hicimos traducciones algunos de sus alumnos. Las que existían de Odiseo Elitys eran pésimas, porque es un poeta difícil, casi imposible de traducir. Vivía todavía Elitys y el profesor se fue con las traducciones que tres de nosotros habíamos hecho y Elitys —me lo contó el profesor—, miró la mía y dijo que le interesaba conocerme. «Dile que venga», le pidió y yo sigo corriendo...

¡Pero era todo un honor!

Claro que era un honor, pero me dio tanto miedo.

Otras lecturas

¿Qué narradores contemporáneos prefiere?

Muchos escritores franceses, pero quien más me acompañó a lo largo de los años fue Marcel Proust. En realidad soy más ferviente de la pintura que de la literatura. Estoy tratando de encontrar escritores que tengan relación con el castellano... Javier Marías, por ejemplo, me encanta, y el turco Orhan Pamuk. Cada vez que aparece algo de ellos lo adquiero enseguida, pues son como viejos amigos para mí.

¿Qué tan lejos de esa amistad está Vargas Llosa?

No he tenido aún el encuentro de mi vida con Vargas Llosa. No me ha dejado una impresión lo suficientemente intensa.

Un autor francés que me gusta es Daniel Pennac. ¿Tiene alguna opinión sobre él?

Te confieso que no lo he leído, pero creo que Pennac no es tan responsable del uso que se hizo de su obra. Se cometieron algunos despropósitos justificándose en su nombre, porque se elaboran unos discursos absurdos alrededor del placer de la lectura.

¿Demagógicos, populistas?

También. Son sobre todo discursos a menudo excluyentes, porque están insistiendo sobre el placer a gente que nunca ha probado ese placer y que produce, más bien, que esa gente se sienta aún más alejada y rechazada. Además, es un discurso que con frecuencia suena falso, porque se advierte que no hay una experiencia vivida atrás y se repite hasta el cansancio.

Pero lo que había al frente, antes de Pennac, era una visión muy conservadora de la lectura. Al menos en la escuela.

Es verdad, la lectura que había era tan atada y tan rígida que la postura de Pennac dio libertad a leer. En ese sentido el acercamiento de Pennac significó cierta soltura, pero no es mi manera de ver ni tengo pasión ni a favor ni en contra de él. Creo que si ayuda a mediadores de lectura puede usarse, por qué no.

Me dijo que era más ferviente de la pintura que de la literatura... no ha mencionado la música.

Lo mío es la música clásica, el *pop music* y la *word music*, como decimos nosotros, que es la música tradicional de América, Europa, África.

¿Dónde quedan los cantantes anarquistas como Georges Brassens o Léo Ferré?

Aquellos trovadores fueron parte de mi generación, me acompañaron mucho, pero ya dejaron de entusiasmarme.

¿Usted marchó por las calles en mayo del 68?

Claro que sí, yo tenía veintidós años. Era apremiante la propuesta, estábamos en un mundo que no se soportaba, era un mundo viejo que había que abrir las ventanas y las puertas.

¿Cree que las consecuencias de ese movimiento han sido positivas?

Por supuesto que hubo tonterías inmensas, pero no participo del todo en los discursos que hay desde hace unas décadas de decir que muchas cosas son culpa de mayo del 68. Yo veo que esa revuelta y los años posteriores han abierto muchos espacios y que permitió que entrara un aire fresco en la casa.

¿Qué ha ocurrido con Daniel Cohn-Bendit, líder de aquel movimiento?

Sigue de diputado en el Parlamento Europeo. Se alejó del anarquismo e integra desde hace años el movimiento ecológico, comprometido en la construcción de una comunidad europea muy cerca de los socialistas.

¿Le parece que los jóvenes de hoy tienen una perspectiva política muy distinta a la de hace cuarenta años?

Yo diría que las cosas también eran muy distintas. Nuestra generación tenía la impresión de que el mundo podía ser rápidamente cambiado, para mejor, desde luego. La generación actual sabe que eso no es posible. En ese sentido no van a participar de la urgente esperanza política que teníamos, pero no diría que son más individualistas ni menos democráticos. Veo muchos jóvenes trabajando en ONG y en colectivos, no los veo contemplando sus ombligos. Lo que ocurre es que están bajo una presión social muy fuerte, en que todo y todos corren.